

Etnografía, Etnología o Antropología Cultural. Ensayo de síntesis

M.^a AMOR BEGUIRISTÁIN GÚRPIDE*

INTRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Objetivo de estas líneas será sintetizar la aportación que desde la revista *Príncipe de Viana* se ha hecho al conocimiento de la cultura tradicional que es objeto de estudio de la Etnografía, la Etnología o la Antropología Cultural.

Desde que en 1940 se creara esta revista, fiel al articulado de fundación de la Institución que le da el nombre, en sus páginas han visto la luz trabajos sobre temas folclóricos y costumbristas. Estos se concentran en los primeros treinta años de su existencia primando los de carácter etnográfico con clara preferencia por las costumbres "típicas" y el folclore, aunque no faltan estudios etnológicos de primera línea. Y junto a ellos, a veces perfectamente imbricados, se encuentra el lector con artículos de Historia Social iluminados por el documento escrito o por la obra de algún artista popular.

Así mismo, también ha sido tratado en las páginas de *Príncipe de Viana* el Derecho Foral. Para el campo de la investigación que debemos reseñar en este ensayo de síntesis, tiene el gran interés de mostrarnos una interesantísima faceta de la cultura: la regulación histórica de la convivencia entre navarros.

En el conjunto de la producción bibliográfica de la revista, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la Antropología Cultural y las disciplinas más afines a ella no han sido tema preferente de investigación. Si comparamos el peso que los temas históricos o de la historia del arte e incluso la arqueología han tenido en los años de vida de la revista con los temas costum-

* Departamento de Historia. Universidad de Navarra.

bristas, la desproporción es evidente. E incluso la misma inserción de muchos de los artículos de *carácter* folclórico en la sección de *Varia* parece confirmar el carácter anecdótico que para la editorial tenían dichos temas.

Por ello sorprende que, en 1969, la Diputación Foral apueste decididamente por la creación de una revista específica de *Etnología y Etnografía de Navarra*.

Dos acontecimientos, en mi opinión, debieron de influir en tan feliz determinación. Por un lado, venía funcionando desde 1963 la cátedra de Lengua y Cultura Vascas en la Universidad de Navarra y en su seno D. José Miguel de Barandiarán había fundado el grupo "Etniker". Barandiarán, responsable de la Cultura en dicha cátedra, no concebía la docencia universitaria sin investigación. Por ello creó Etniker que, al ampliarse el grupo a otras regiones, para su diferenciación pasó a denominarse Etniker-Navarra. Su objetivo se concretaba en la aplicación de una encuesta sistemática, elaborada por su fundador, a diferentes localidades¹.

Otro hecho relevante fue la celebración en diciembre de 1965 del IV Symposium de Prehistoria Peninsular en Pamplona, bajo el patrocinio de la Institución Príncipe de Viana, centrado en los *Problemas de la Prehistoria y la Etnología Vascas*, que contó con la participación activa de prehistoriadores, arqueólogos, lingüistas, antropólogos y etnólogos. Las Actas del mismo, publicadas al año siguiente, se hacen eco de la repercusión que tuvo².

El interés suscitado en torno a los debates sobre etnia vasca a lo largo del symposium, la posibilidad de contar con originales aportados por los trabajos de campo de los miembros de Etniker y la vinculación más activa de D. Julio Caro Baroja con la Institución Príncipe de Viana, debieron de influir positivamente en los responsables de la Institución para apoyar una revista monográfica .

En la *Presentación* de la misma se decía textualmente :

"Faltaban en nuestro plan de publicaciones los estudios de Etnología, estudios importantísimos, porque nos dan a conocer la entraña de la vida y costumbres de nuestro pueblo, que con el desarrollo que lleva la humanidad están en trance de perderse rápidamente".

1. Según información oral del propio D. José Miguel, antes de fundar el grupo expuso su idea al Secretario de la Institución, D. José Esteban URANGA, y a D. Julio CARO BAROJA para saber si tenían previsto poner en marcha algo similar. Ante su respuesta negativa creó Etniker. Gozó para ello de una ayuda a la investigación de la propia Institución Príncipe de Viana y se comprometió a entregar originales para la revista que se iba a fundar.

Las reuniones del grupo Etniker, tres al año, tenían lugar —previa información al Secretario de la Institución y a la Directora del Museo de Navarra— en el propio Museo. Los cuestionarios, multicopiados en el Seminario de Arqueología de la Universidad, se enviaron preferentemente a párrocos y se ofrecieron a cuantos seguían el Curso de Etnología del pueblo vasco y se animaron a llevar a cabo la investigación.

2. Sus actas vieron la luz al año siguiente bajo el título: VARIOS. IV Symposium de Prehistoria Peninsular. *Problemas de la Prehistoria y la Etnología Vascas*, bajo la dirección de Juan MALUQUER DE MOTES. Universidad de Barcelona-Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1966.

Pese a este reconocimiento público de la escasa atención dedicada a la Etнологía, es notoria la presencia entre las páginas de la revista troncal de excelentes trabajos relativos a dicha disciplina.

Pasemos ahora a exponer, ordenados por décadas, los trabajos relativos al área o áreas de conocimiento enunciadas y que han visto la luz en los primeros 199 números editados de la revista *Príncipe de Viana*.

El listado temático, topográfico y cronológico de los artículos, puesto al día por Fermín Miranda para este número, nos exime de la tarea de incluir la bibliografía de las obras a que aludimos en el texto, ya que el lector podrá consultarlas cómodamente en la relación general.

Década de 1940-1949

Fue Iturralde y Suit quien inició la aportación costumbrista en *Príncipe de Viana* con la leyenda de *Los perros de Martín Abade* (1940, n.º 1: 130-136), recogida en la anteiglesia de Udala (Guipúzcoa). El autor la inscribe en el ciclo del cazador errante difundido por la vieja Europa desde los Pirineos Orientales hasta Suecia.

Al año siguiente inicia sus contribuciones a la revista José María Iribarren, quien, bajo el epígrafe *Viñetas Forales* (1941, n.º 2: 167-170), recoge tradiciones del Fuero General de Navarra acerca del castigo por robos de carnero o el respeto debido a las barbas ajenas. Tradiciones que describe con su estilo brillante y poético. Será el inicio de una fecunda colaboración con la revista alternando lo literario con lo histórico y con lo costumbrista, mostrando en todas las facetas su buen hacer. Muestra fehaciente de lo dicho es el trabajo que bajo el título *El Folklore del día de San Juan* da a conocer al año siguiente (1942, n.º 7: 201-217). Trabajo de gran interés, bien documentado, realzado con una fotografía captada en el bosque de Lobera (Zaragoza) en 1920 por el propio Secretario de la Institución y excelente fotógrafo J. E. Uranga. A caballo entre la etnografía histórica, la leyenda y la costumbre hecha ley escribe el mismo J. M. Iribarren: *Bandidos y salteadores* (1942, n.º 9: 465-478), *El Privilegio tudelano de la tala, último resto de justicia medieval* (1944, n.º 14: 103-105), *Andanzas y aventuras del tudelano Fermín Zubiri* (1944, n.º 15: 185-198), así como *Interesante documento contra las brujas de Zuggarramurdi* (1944, n.º 17: 422-427). De la misma línea histórico-costumbrista es su trabajo *Viaje a Navarra de un escritor romántico en 1843* (1946, n.º 24: 583-591). Es el escritor Cañete quien describe costumbres, fiestas e indumentaria de los navarros de mediados del XIX, que nos llegan por medio del autor tudelano.

A la faceta más costumbrista pertenece otra serie de artículos del mismo Iribarren, que ve la luz en la revista a lo largo de la década. Me refiero a *Estampas del Folklore Navarro* (1944, n.º 14: 103-105; y n.º 17: 393-420), *La Bajada del Ángel* (1944, n.º 14: 109-117) y *Los refranes y adagios —cantares y jotas— dichos y frases proverbiales* (1945, n.º 21: 625-646; 1946, n.º 22: 99-122 y n.º 23: 345-368; 1947 n.º 27: 225-255).

En estos años la sección de libros comentados de la revista se hace eco de las monografías publicadas por Manuel Iribarren tales como *San Hombre*

(1943, n.º 11: 253) y *Batiburrillo Navarro* de J. M. Iribarren (1943, n.º 12: 396), que disfrutaron de gran acogida popular.

Una breve aportación de Yanguas y Miranda difunde la arraigada costumbre tudelana del carnaval con *Carnaval de Tudela. Los Cipoteros* (1945, n.º 19: 348-349). Destaca el autor el valor folclórico de tal manifestación, digna de ser tenida en cuenta, pese al aspecto estafalario de sus máscaras.

En este mismo año 1945, inicia su colaboración en *Príncipe de Viana* Julio Caro Baroja con *La significación de algunas danzas vasco-navarras* (1945, n.º 18: 115-132). Su presencia física e intelectual en la Comunidad Foral se dejará sentir especialmente en el campo de la Antropología Cultural. En enero del mismo año, según información de la sección *Los trabajos y los días* (1945, n.º 18: 171), Caro Baroja —a la sazón director del Museo del Pueblo Español de Madrid— había protagonizado un ciclo de conferencias sobre Metodología y Folklore. Lamentablemente, no fueron publicadas las conferencias en su totalidad pero sí los enunciados de las mismas.

Encasillar a tan polifacético investigador en los estrechos límites de una disciplina académica resulta hartamente difícil. Del profundo y amplio conocimiento que dicho autor tiene de cualquier faceta que afecte al hombre o sus actividades son muestra evidente trabajos como *Representaciones y nombres de Meses* (1946, n.º 25: 629-653) o *Arte e Historia social y económica* (1948, n.º 32: 339-358). En ambos, dato histórico, comentario estilístico y estudio etnológico hunden sus raíces en la antigüedad clásica. Los comentarios a la vida cotidiana y la indumentaria propia de cada actividad, a propósito de la sillería del coro de la iglesia de Isaba, son de interés indudable para el campo que nos ocupa.

En la línea de la Etnografía Histórica, Ignacio Baleztana proporciona unos apuntes *Del Viejo Pamplona* (1947, n.º 26: 95-105) con notas curiosas acerca de la indumentaria exigida por lutos reales.

Los archivos tudelanos inspiran a Francisco Fuentes para escribir *Cosas de Brujas* (1943, n.º 12: 385-388), *Maese Enrique de Francia, médico y hereje* (1944, n.º 16: 275) y *Colaciones y Yantares* (1948, n.º 31: 207-210), esta última acerca de las celebraciones con motivo de San Jaime. El también tudelano J. M. Iribarren revela la arraigada afición taurina de los navarros en un trabajo histórico: *Los toros en Navarra* (1948, n.º 32: 361-406).

A mediados de los años cuarenta, dos artículos ampliamente documentados inauguran la aportación a la historia costumbrista en el marco de la revista *Príncipe de Viana*, del que fue archivero de la Diputación Foral Florencio Idoate: *Agotes en los Valles de Roncal y Baztan* (1948, n.º 33: 489-513) y *Los gitanos en Navarra* (1949, n.º 37: 443-474). Son dos profundos trabajos que ahondan en la diversidad étnica de Navarra en épocas pretéritas, en el trato a las minorías marginadas e, indirectamente, las prerrogativas de los navarros de pleno derecho en cuestiones tan variopintas como el vestir o los oficios.

A lo largo de la década, varios artículos y notas de Derecho consuetudinario ven la luz en la revista. Desde la tradición hecha ley permiten al lector conocer las peculiaridades y raíces del derecho Foral Navarro. Me refiero a artículos como el de Eladio Esparza sobre *La fruta del mercado ajeno* (1940, n.º 1: 113-117); los de Salinas Quijada en torno a la institución matrimonial, tales como *Las arras en el Derecho Foral Navarro* (1941, n.º 5: 45-64); *Concep-*

tos y formas de matrimonio en el Derecho Foral Navarro (1943, n.º 12: 337-367) y *La relación jurídica dotal en el Derecho Foral Navarro* (1946, n.º 23: 309-344).

En la misma temática se centran los trabajos de Juan Santamaría Ansa titulados *Retracto familiar en Navarra* (1946, n.º 22: 83-96) en defensa de la sociedad familiar frente al individuo, y de Luis Santamaría, *La venta a carta de gracia en el Derecho de Navarra* (1947, n.º 7: 209-222), donde también se alude a los resortes impuestos por la costumbre para preservar el patrimonio familiar de ventas irresponsables.

De Derecho consuetudinario y de gran interés etnológico es, asimismo, el trabajo de Víctor Fairén Guillén titulado *Contribución al estudio de la Face-ría Internacional de los Valles de Roncal y Baretous* (1946, n.º 23: 271-296). También tiene interés la costumbre para apropiarse de un soto que un autor anónimo publica con el título *La prueba Foral de la gallina y sus pollos, aplicada en el siglo XV* (1948, n.º 30: 119-120).

Década de 1950-1959

La década siguiente llama la atención por una gran ausencia, en *Príncipe de Viana*, la de Julio Caro Baroja, del que no hay ni una sola referencia en la revista.

Un largo artículo de Justo Gárate acerca del *Significado civil, moral, social y topográfico del tocado femenino* (1959, n.º 38-39: 145-158) inaugura la década en el aspecto costumbrista. El mismo año, también la relación de ropas y mobiliario de Javier publicada por el P. G. Schurhammer S. J. (1950, n.º 40-41: 309-328) tiene para el tema que nos ocupa el interés de dar a conocer, en parte, el ajuar doméstico de tan importante familia navarra de la Edad Moderna. En 1953, Vicente Galbete, en un artículo etnohistórico, investiga sobre *Algunas medidas empleadas en el antiguo Reino de Navarra* (n.º 52-53: 395-400). Al año siguiente, un autor anónimo se servirá del libro del P. Méndez, reeditado en 1860, para relatar *El viaje a Navarra del Padre Flórez en 1766* (1954, n.º 54-55: 197-202). Artículo eminentemente histórico, con interesantes pinceladas costumbristas y etnográficas sobre corridas de toros, tamborileros, peculiaridades de los tejados de Burguete y modo de transporte hacia Francia a mediados del siglo XVIII.

Manuel Ramos, apoyándose en la Filología comparada, se refiere a un instrumento agrícola de gran antigüedad vigente aún en nuestra tierra, en su artículo *La "laya", en España y en la India védica* (1956, n.º 62: 79-91). Este mismo año, J. M. Iribarren utiliza un pintoresco documento para ilustrar las costumbres navarras del siglo XIX con su trabajo *El comer, el vestir y la vida de los navarros de 1817, a través de un "memorial de ratonera"* (n.º 65: 473-486).

Termina la década con un estudio etnográfico de Salvador Barandiarán sobre *La Danza de San Miguel de Cortes (Navarra)* (1959, n.º 76-77: 231-239), quien describe la estructura en cuatro melodías y señala paralelos en otras danzas al mismo arcángel en Guipúzcoa y Vizcaya.

Desde el Derecho consuetudinario, también tres artículos que vieron la luz en la década de los cincuenta hacen alusión a costumbres populares hechas ley. Me refiero a *El dolo en el Derecho Foral Navarro* de Francisco Salinas (1955, n.º 60: 359-363); al interesantísimo trabajo de Víctor Fairén *Sobre facerías internacionales de Navarra* (1955, n.º 61: 507-524) y al de Juan Santamaría Ansa titulado *El derecho civil de Navarra* (1956, n.º 62: 95-101), donde se refiere a aspectos tan variados como la libertad de estipulación en capítulos matrimoniales, donaciones "propter nuptias" o aprovechamiento de pastos.

En estos años, la revista se hace eco en su sección *Notas críticas* de trabajos como *Vocabulario Navarro* de J. M. Iribarren (1952, n.º 48-49: 503-504), *Rincones de la Historia de Navarra* de Florencio Idoate (J. M. Iribarren, 1954, n.º 54-55: 203-205) y *Navarra. Ensayo de Biografía*, reseñada por partida doble (1956, n.º 63: 213-215 y 1956, n.º 64: 369-370, en esta ocasión por Angeles Villarta).

Década de 1960-1969

Un trabajo etnográfico de Salvador Barandiarán S. J., *Sobre el Dance de Cortes* (1961, n.º 82-83: 89-100), inicia la tercera década de la revista. Como continuación del publicado en 1959, recoge letrillas de los distintos personajes que intervienen en el *dance* según su actuación de 1956.

En 1965, Caro Baroja colabora en la revista con *Folklore experimental: el carnaval de Lanz (1964)* (n.º 98-99: 5-22), donde, tras la presentación geográfica e histórica del pueblecito de Lanz, describe el proceso de recuperación del carnaval y explica el desarrollo del mismo en dicho año, así como el sentido de los personajes que intervienen.

Dos años más tarde, el *Estudio etnográfico de Urdiáin*, firmado por J. M. Satrústegui (1967, n.º 106-107: 98-125), apuesta claramente por la etnografía centrada en un pequeño núcleo rural. Resulta novedoso encontrar un trabajo en que tanto el título como el contenido se ocupan de aspectos etnográficos. En la nueva línea parece entrecerse el influjo de la docencia de D. José Miguel de Barandiarán, entre cuyos primeros discípulos se encuentra su autor.

Caro Baroja cierra la década con un artículo eminentemente histórico sobre uno de sus temas más queridos, la brujería, con el título *De nuevo sobre la historia de la brujería (1609-1619)* (1969, n.º 116-117: 256-328). El autor de *Las brujas y su mundo* había sido objeto de elogiosa crítica en las *Notas críticas* de revista por Florencio Idoate (1961, n.º 84-85: 263-264).

A partir de 1969 los trabajos costumbristas y etnológicos se hacen más raros, por no decir inexistentes. El motivo principal es la creación, en el seno de la Institución Príncipe de Viana, de la revista específica para estos temas *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, ya mencionada. Sin embargo, esporádicos trabajos de historia social verán la luz en la revista troncal que hay que tener en cuenta en una valoración del área que nos ocupa. Entre ellos, *El Viaje de Felipe II por la Rioja y Navarra en 1592*, que a partir del relato de Jehan Lhermite publica Justo Gárate (1979, n.º 156-157: 429-444).

En dicha crónica, los apuntes sobre las diferentes indumentarias y tocados según edad y estado, el habla vascongada en las gentes sencillas de Estella, Puente la Reina y Barásain, así como las bellas manufacturas en madera de boj que hacían los lugareños, son pinceladas que nos acercan a las costumbres navarras de fines del siglo XVI.

En 1991, A. Goicoetxea Marcaida nos informa de la obra gráfica encargada por un obispo navarro del XVIII durante su estancia en América. El artículo titulado *La botánica y la medicina en la iconografía de Martínez de Compañón* (n.º 193: 181-186) es reflejo de los vastos intereses del obispo navarro, que en varios volúmenes de acuarelas y dibujos —según Goicoetxea— mandó recoger los aspectos más variados de la sociedad amerindia visitada.

En 1992 dos artículos históricos nos acercan también a las costumbres de siglos pasados. En *la Mesa Real de Navarra. Algunos datos para su estudio, según las cuentas del Hostal de 1408* (n.º 197: 583-615), Antonio Castellano da cuenta de los gastos de manutención de la familia real navarra. Pero va más allá dando a conocer la lista de abastecedores y sus procedencias, las viandas consumidas, los condimentos y otros detalles de la historia menuda. El mismo año, Carlos Maiza también hace buen uso de la documentación en *Injuria, honor y comunidad en la sociedad navarra del siglo XVIII* (n.º 197: 685-695). En once apretadas páginas se exponen las circunstancias que agravaban las injurias, el derecho y deber de reparar el honor y los mecanismos que la sociedad navarra del siglo de las luces tenía para reparar ofensas.

De gran interés etnográfico son las fotografías —once en total— de Ortiz-Echagüe que publica J. A. Vidal-Quadras en un artículo biográfico titulado *Ortiz-Echagüe y Navarra* (1993, n.º 198: 51-71). Son documentos de un valor etnográfico incuestionable a la par que de excepcional belleza plástica.

Por último, el mismo año 1993, María Molero de Bocquet reproduce contenidos de la tesis en medicina presentada en París por un militar francés de guarnición en Pamplona a comienzos del siglo XIX en *Estudio de h. F. Briant sobre topografía física y médica de Pamplona (1825-1829)* (n.º 198: 91-107). El autor de la tesis deja traslucir sus simpatías por una ciudad históricamente vinculada a Francia.

CONTENIDO TEMÁTICO

Durante los 29 años que median entre la fundación de la revista *Príncipe de Viana* y su retoño *Cuadernos de Etnología...*, medio centenar de trabajos da cuenta de aspectos diversos de la cultura popular, con enfoque preferentemente costumbrista. Como se ha podido apreciar en el recorrido historiográfico, hay un neto predominio de los trabajos etnohistóricos.

En un intento de ordenación temática, podemos afirmar que se abordaron aspectos tan variados de la cultura como las diferencias étnicas; costumbres relacionadas con ritos de vida y muerte; la indumentaria; calendarios y ciclos festivos; alimentación; salud y medicina popular; las relaciones vecina-

les dentro y fuera de la Comunidad Foral; la tradición oral y aspectos varios a partir de crónicas de viajeros de diferentes épocas.

Veamos ahora el tratamiento dado a alguno de dichos temas.

Minorías étnicas

En el comentario al libro de J. M. Iribarren *Navarra. Ensayo de Biografía*, un crítico anónimo (1956: 55) da cuenta de la caracterización del navarro o, mejor, de los navarros, que hace el autor tudelano. Diferencia los tres tipos principales o estereotipos: el montañés, el de la zona media y el ribero. Sin embargo, a través de los artículos de la revista se conoce la presencia en esta comunidad de otras minorías étnicas que han tenido su reflejo en la documentación: los agotes, los gitanos y las famosas brujas.

Por F. Idoate conocemos las limitaciones en el vestir impuestas a los primeros en Baztán y especialmente en Roncal (1948: 495), así como los oficios que les eran asignados a este grupo entre los siglos XVI y XVIII.

De los gitanos, el mismo F. Idoate da cuenta, a través de procesos seguidos contra ellos, de su pertinaz implantación en Navarra y la antipatía que sentía la población por ellos, que el autor parece compartir (1949: 443 y ss.).

Otro grupo minoritario y conocido principalmente por el proceso de Logroño son las brujas. Francisco Fuentes da a conocer un documento del ayuntamiento de Tudela en que se pregunta al inquisidor qué hacer con la "Gamelesa", condenada por el Santo Oficio, ya que no le causaba a la corporación más que gastos (1943: 38555).

J. M. Iribarren (1944: 422 y ss.) sigue el proceso de Logroño a través de un documento del Archivo de Comptos en que parece que se da cuenta al Consejo Real de Navarra de los resultados y acuerdos del Proceso. Al final del artículo, Iribarren incorpora la petición que las Cortes de Navarra hacen al Rey para evitar en lo sucesivo la intromisión de tribunales en asuntos que afecten a habitantes del Reino. Se intuye el sentimiento de contrafuero por actuar al margen de los propios tribunales del Reino (pág. 427).

J. Caro Baroja profundiza, a partir de dos legajos del Archivo Histórico, en cómo se crea el gran mito de la brujería. Mantiene la tesis de que eran algunos señores rurales los más interesados en mantener la creencia en brujas, porque veían tambalearse sus privilegios y autoridad local.

Ritos de vida y de muerte

Apenas se encuentran referencias a ritos de nacimiento, salvo la manía de las madres navarras por mecer a sus hijos, calificada de funesta por el médico francés Briant, que estuvo en la guarnición de Pamplona a principios del siglo XIX (Molero 1993: 95).

Sin embargo, son relativamente abundantes los trabajos acerca, de la institución matrimonial y proceden del campo del Derecho. La preocupación por dar estabilidad social y económica a la familia parece bien reglamentada en el derecho foral y de ello dan cuenta los trabajos de Salinas Quijada

(1941: 45 y ss.; 1943: 337 y ss.; 1946: 309 y ss.), Juan Santamaría (1946: 83 y ss.; 1956: 99 ss.) y José Luis Santamaría (1956: 209 y ss.).

El tema del noviazgo y matrimonio a través de proverbios y refranes lo aborda con la gracia que le caracteriza J. M. Iribarren (por ejemplo, en 1947: 238 y ss.). El mismo autor da cuenta de una costumbre de Valcarlos relacionada con los enamoramientos y enredos. Se trata de Hosto-bidea (camino de hojas) y Hosto-trufa (burla de las hojas). Para sacar a pública luz y sancionar así los enredos poco claros, ponían durante la noche un reguero de hierba por la calle uniendo los portales de los enamorados clandestinos (1944: 408-9). Con el fin de ridiculizar uniones entre personas de edades muy diferentes o viudos, se celebran, en el mismo Valcarlos, Galarrosak. No es propiamente una cencerrada con esquilas como en otros puntos de Navarra, sino un diálogo amplificado entre dos cuadrillas para dar a conocer la noticia del nuevo emparejamiento (ídem, ibídem).

El cronista del viaje de Felipe II a Navarra y Rioja se asombra ante la costumbre de la mujer navarra de diferenciar su estado mediante el tocado. Dice textualmente : " Las mujeres se visten muy diversamente, sobre todo en lo que respecta a sus tocados, por los cuales fácilmente se puede distinguir a las jóvenes de las viejas, a las casadas de las solteras y a las que no se quieren casar así también a las viudas y a sus semejantes lo que nos parece cosa bien extraña y digna de notarse" (J.Gárate, 1979: 440). En un trabajo anterior J. Gárate, sin centrarse en Navarra, también había abordado el tema de diferenciación del tocado femenino y sus posibles orígenes.

De la costumbre de correr por las calles de Tudela vacas, bueyes y toros ensogados —"con ocasión de bodas, de esposamiento o de nuevo misacantano"— se encuentran datos en Iribarren (1948: 361 y ss.).

Ignacio Baleztena, a través de documentos de la vieja Pamplona, hace alusión a ritos de muerte también con motivo de la indumentaria. Son los gastos que se hicieron a costa del erario público al morir la reina madre Ana de Austria, los que dan pie al artículo. Los representantes forales debieron de vestirse de bayeta negra para ir a dar el pésame al virrey como exigía la etiqueta. De las mismas arcas se pagaron las "hongarinas de danzantes y gaiteros" (1947: 95 yss.).

La Indumentaria

Es tema preferente de viajeros por cuanto expresa la faceta más aparente y externa de cada pueblo. Además de las citas ya comentadas, el cronista de Felipe II describe también el traje festivo y oficial del alcalde de Estella a fines del XVI (Gárate, 1979: 436).

En la Edad Moderna, los Valles tendrían su traje diferenciador ya que, en los procesos contra agotes, se alude a que les estaba vedado llevar "el hábito roncalés" y "el capote con ribete colorado" (Idoate, 1948). Y en referencia al valle del Roncal, no podemos olvidar los sabrosos comentarios que sobre la indumentaria campesina hace Caro Baroja en el análisis de la sillería del coro de la iglesia de Isaba (1948: 357).

A mediados del siglo XVIII, un autor anónimo reseña el viaje a Navarra del Padre Flórez, quien parece asombrarse porque "los canónigos de Roncesvalles andan siempre con roquete" (1954: 197 y ss.).

Quien se explaya en la indumentaria regional es el escritor romántico Cañete (Iribarren, 1946: 583 y ss.), que, además de afirmar que "una de las pasiones dominantes de los navarros es la del vino" (p. 587), da unas sabrosas pinceladas de la indumentaria de los tudelanos en fiestas (ibídem), entre otras el gusto por las cintas adornando boinas y sombreros, o por los anchísimos pantalones de pana verde... Más adelante "describe lo que ve en Pamplona también en fiestas: "...multitud de aldeanos con sus camisas de un solo color, sus boinas y sus anchísimos pantalones..." (p. 590). Es de notar cómo le llama la atención al escritor sevillano la anchura de pantalón de los navarros de la época.

Del primer tercio del siglo XIX datan las descripciones del militar y médico francés Briant —traducidas y glosadas por M. Molero—, quien atribuía la escasa incidencia del cólico en la población indígena de Pamplona al uso de un cinturón ancho con que envuelven su abdomen, preservándolo de este modo de los enfriamientos (1993: 107). Con ancha faja aparece el campesino navarro de comienzos del XIX o fines del XVIII, reproducido por Iribarren a propósito de un "memorial de ratonera" (1956 : 479).

Por último, la indumentaria vigente hasta el siglo XX en los Valles navarros Pirenaicos ha quedado gráficamente plasmada en la magia fotográfica de Ortiz Echagüe (Vidal Quadras, 1993: 51 y ss.). Roncalesas, salacencas y aezkoanas, con su traje tradicional convertido en el traje festivo, desfilan junto a las aunayas salacencas o a las pastoras aezkoanas captadas en plena faena. Trajes como el de alcalde roncales o de los danzantes de Ochagavía responden al atuendo especial de fiesta, que se han mantenido hasta nuestros días gracias al apoyo decidido de la Institución Príncipe de Viana y, sobre todo, gracias al amor de los autóctonos por sus signos de identidad.

Calendario y Ciclos anuales

El calendario popular está cuajado de celebraciones religiosas, que en ocasiones se solapan a ritos ancestrales. Tal vez por ello, el número de trabajos que hacen referencia a este tema es relativamente abundante.

Bajo pretexto de analizar las fotografías, recién captadas, de los meses representados en la bóveda de la catedral de Pamplona, Caro Baroja investiga el variado tratamiento que, históricamente, ha tenido el tema de los meses del año en el ámbito Occidental Europeo, incluido el País Vasco. En los desajustes y oscilaciones entre unas representaciones y otras, sugiere el investigador que subyacen interesantes diferencias dignas de un enfoque etnológico (1946: 629 y ss.).

Entre las celebraciones relacionadas con la llegada de la primavera son Carnavales y Mayos o Mayas las que han recibido mayor tratamiento en esta publicación.

Respecto al Carnaval, el de Lanz fue doblemente tratado. Como una Estampa del Folklore navarro lo había descrito, interpretado y reproducido con

dibujos y fotos J. M. Iribarren (1944: 411-420). Años más tarde, con la reposición del viejo rito en 1964, Caro Baroja lo analiza y describe en el entorno del pueblo de Lanz, buscando las raíces europeas de alguno de sus personajes (1965: 5 y ss.).

Del mismo tema, pero en Valcarlos, se había ocupado Iribarren en sus célebres *Estampas...* (1944: 405 y ss.). Y Yanguas y Miranda lo había hecho en Tudela al referirse a los estrambóticos Cipoteros (1945: 348-9).

Cuaresmal es también la costumbre, ya documentada en el XVIII, de "A matar la Vieja", según la cual los chiquillos de la Merindad de Tudela intentaban dar caza a las viejas a garrotazos arremetiendo contra las puertas (Iribarren, 1944: 397-8).

Del pueblo baztanés de Arráyoiz recoge Iribarren la costumbre de la Maya, la llamada *Erregiña ta Saratsa*, fiesta primaveral por excelencia en la que se aprecia su origen profano (1944: 393 y ss.). En el cercano pueblecito de Arizcun se llamaba a la protagonista *Maiatzako erregiña* o Reina de mayo. Pero, como señala Iribarren, la costumbre ha perdurado en la Ribera y se documenta también en la Zona Media. Se plantea en muchos casos como una forma de cuestación que termina en merienda.

En Vera de Bidasoa, hasta fines del XIX, colocaban en la plaza un árbol y sobre él, la figura de un hombre. Colgando de las ramas berzas y hortalizas y bajo el árbol, una barca. Hasta el día de San Juan no se quitaba el árbol y todo su acompañamiento. Parece una forma de vincular la primavera -el mayo— con el solsticio de verano (Iribarren, 1944: 396 y bibliografía nota 2).

También procede de Tudela la Bajada del Ángel, fiesta religiosa que, documentada ya desde principios del siglo XIV, sigue celebrándose el Domingo de Resurrección y cuya evolución conocemos gracias al mismo J. M. Iribarren (1944: 109 y ss.).

Por su parte, los ritos de estío alcanzan su máximo significado con el solsticio de verano, coincidiendo con la fiesta del Precursor, con San Juan Bautista. Ello da pie a J. M. Iribarren para hacer una investigación en toda regla acerca de los ritos y manifestaciones en torno a dicha festividad, no sólo en Navarra sino también en otros puntos del territorio español. El fuego, el agua, el rocío, las hierbas y plantas, son otros tantos elementos presentes en el folclore en torno a San Juan. La foto en el bosque sagrado de Lobera, captada en el momento de pasar al niño aquejado de hernia por el árbol, es un testimonio excepcional de las propiedades sanativas de la noche mágica de San Juan (1942: 201 y ss.).

Del significado múltiple de las danzas festivas o rituales, sus paralelos y posibles orígenes da buena cuenta J. Caro Baroja en el documentado artículo de 1945 (p. 115 y ss.). Desde la danza guipuzcoana de la escarda —*jorrai dantz*a— o la *makil dantz*a de Vera de Bidasoa, el eximio antropólogo va analizando sus características sin excluir las de Ochagavía o la misma muerte de Miel-Otxin del mencionado carnaval de Lanz. Para Caro, la doble cara del Bobo de Ochagavía tiene demasiada similitud con el dios Jano. En muchas de estas danzas, percibe Caro Baroja ritos de expulsión del hambre o del año viejo o ritos agrarios asumidos y transmitidos por el pueblo.

Las danzas del ribero pueblo de Cortes gozan de dos artículos muy descriptivos, obra de S. Barandiarán, donde el autor recoge los pasos y letrillas tal como se celebraron en 1956 (1959: 231 y ss.; 1961: 89-100).

La Alimentación. La Salud y otros temas

Por su carácter prosaico, la alimentación es un tema poco desarrollado en la revista, salvo cuando se trata de la mesa real. Gracias al documentado trabajo de Castellano (1992: 583 y ss.), tenemos acceso a las viandas y condimentos utilizados en la mesa real navarra a comienzos del siglo XV.

Una excepción del mayor interés se recoge en las páginas de M. Molero (1993: 104-105), donde el francés Briant, farmacéutico llegado a Pamplona con la guarnición francesa, elogia la costumbre de las pamplonesas de comienzos del XIX de amamantar a sus hijos hasta los quince o dieciocho meses; la de los adultos de comer cuatro veces al día; el alto consumo de chocolate, que, en opinión del francés, es una excelente costumbre; y la calidad del vino, que además es tan asequible que "ni los pobres se privan de él". Reconoce que la clase baja es numerosa y se alimenta de pan de trigo mal amasado, de pescado salado y de tocino a menudo rancio. Todas las clases sociales consumen garbanzo de producción local y "aceite de olor repugnante, que se emplea tanto en la cocina como para alumbrarse".

De la misma época absolutista, aunque un poco anterior, es el "memorial de ratonera" que publica J. M. Iribarren. En él, un anónimo demandante pasa revista a lo que comen los oficios para comparar con la pobre comida del labrador y demostrar a las Cortes las diferencias entre unos y otros (1956: 481-482).

El farmacéutico L. F. Briant, que por motivos militares permaneció en nuestra capital (años 1823 a 1828), aprovechó su estancia estudiando las costumbres sanitarias de Pamplona y sus alrededores. Tales observaciones constituyeron su tesis de doctorado presentada en París el 17 de abril de 1829 (M. Molero, 1993: 91 y ss.). En ella se hará eco de algunas costumbres de los pamploneses, tales como su afición a usar agua del río con fines domésticos y de almacenarla en las bodegas de las casas dentro de grandes cubas de barro, la manía de las mujeres de mecer a sus hijos, la existencia de retretes en todas las casas, etc. La construcción de baños públicos era mérito de los franceses, según el autor, quien alababa la calidad del agua de "Saubiza" traída por un acueducto. Respecto de la Cuenca, poco explotada en su opinión, destacaba la ausencia de árboles que ofrecieran su sombra al campesino obligado a comer en ella. Pese a las simpatías de Briant por Pamplona, no ocultará que la higiene dejaba mucho que desear, dado que la ciudad estaba "infestada de pulgas y chinches" (p.103).

También da cuenta de las aguas medicinales conocidas en Navarra y sus propiedades: las de Ibero, Batueco, Betelu, Belascoáin, Tiermes y Fitero.

Entre los aspectos tratados por Briant son de gran interés la descripción del tipo físico de los pamploneses, su moral, temperamento y el porte del sexo femenino, de quien destaca su forma de andar. Como buen francés, cali-

fica al navarro, y en concreto al pamplonés, de arrogante, orgulloso y fanático, pero menos perezoso que los españoles.

Considerada como una ciudad sana en líneas generales, reconoce como la afección más frecuente el dolor de muelas, que no se debería a la calidad de las aguas, como estiman los habitantes del lugar, sino a su afición al chocolate muy caliente seguido de un vaso de agua bien fría.

Relaciones vecinales

Dice mucho de la madurez y forma de ser de los pueblos de qué modo regulan sus relaciones internas y con los vecinos.

A Maiza debemos el trabajo sobre relaciones entre vecinos, así como las injurias más frecuentes en el siglo XVIII y el derecho y deber de reparar las ofensas cometidas contra el honor de cualquier persona en dicha época (1992: 685 y ss.).

Son los artículos de Derecho Foral los que con más frecuencia tratan este tipo de cuestiones, por cuanto informan de las prácticas seguidas por nuestra sociedad en las diferentes situaciones y su regulación llevada a ley por la praxis. Entre las consideradas en la revista *Príncipe de Viana*, llama la atención especialmente la regulación de explotación de pastos establecida desde época inmemorial. La regulación podía y puede afectar del mismo modo a los pastos de pueblos deslindados, como de pueblos no deslindados, incluso, como en el caso de las Facerías Internacionales, a pueblos pertenecientes a diferentes Estados. En este caso, el autor no duda en calificar de tratados internacionales. Víctor Fairén, aun queriéndose centrar en la situación en que la figura jurídica contractual de la facería se encontraba en 1954, aborda otros muchos aspectos. Junto a la regulación del número de cabezas que podían pastar en los pastos afectados por el acuerdo, se habla de fechas de subir a pastos (mayo), de la retirada del ganado mayor (septiembre-octubre) y del ganado menor (noviembre-diciembre), etc. En el análisis de la Facería entre Roncal-Baretous se hace inevitable la referencia al "Tributo de las tres vacas" (1946: 271 y ss.). Menos detalles etnográficos encontramos en el trabajo de E. Zudaire sobre las facerías de la cuenca Baztán-Bidasoa (1967: 161 y ss.).

Tradición oral: leyendas, cuentos y otros relatos

A lo largo de casi un centenar de páginas, J. M. Iribarren recoge en sus artículos sobre *Refranes y adagios...* todo el saber popular expresado en frases cortas, incisivas, que afectan a cualquier situación de la vida humana desde el nacer al morir, desde el ingenio del tonto hasta la torpeza del listo.

No abundan las leyendas y cuentos en la revista. Con la leyenda de Martín Abade recogida en Udala (Guipúzcoa) se da a conocer la arraigada afición por la caza de algunos clérigos y eremitas, que, como castigo al abandono de sus deberes sagrados, se verán obligados a vagar tras la liebre sin descanso (1940: 130 y ss.).

De los tiempos en que el hombre vivía más en contacto con la naturaleza son los cuentos de animales. A la pluma de Iribarren le debemos el delicioso cuento del Zorro de Valcarlos, vinculado con el camino de peregrinos (1944: 407-408). Las leyendas del Mono burlado y la del Oso y el leñador recogidas por Satrústegui en el pueblo de Urdiáin muestran el ingenio y brutalidad del hombre frente a los animales (1967: 120-121).

Disponemos de más información sobre coplas a través del *dance* de Cortes, mencionado a propósito del tema de la danza. Especial importancia tienen en este aspecto las "Karrosas" de Valcarlos, farsa o pantomima que tenía lugar en la plaza del pueblo para satirizar determinados sucesos de la vida de sus habitantes: la embriaguez, el atropello a una moza... (1944: 398-401). La estructura de la Karrosa era similar a la Comedia del arte italiana, con personajes fijos que hacían reír al público a la vez que se criticaban los defectos.

De la Filología comparada se sirve el autor de un artículo sobre la laya llevando al sustrato indoeuropeo su origen y difusión, cuyo interés etnológico es más que cuestionable (Ramos, 1956: 79 y ss.).

COLABORADORES

Sin ánimo de ser exhaustivos en el repertorio temático, pero con la convicción de que no se ha omitido ninguno de los temas principales, veamos ahora la personalidad de los principales colaboradores de temas de Etnología o disciplinas afines de la revista.

El más asiduo colaborador de la revista *Príncipe de Viana* en la materia que nos ocupa fue sin duda José María Iribarren (Tudela, 1906-Pamplona, 1971), de quien se recoge una amplia semblanza biográfica en la *Gran Enciclopedia Navarra*³. No cabe duda que la amplitud y variedad de la obra de Iribarren obligan al autor de la misma a una simple mención de su calidad de colaborador de *Príncipe de Viana*.

La contribución de J. M. Iribarren a dicha revista se concentra en los primeros años de la publicación periódica, especialmente entre 1942 y 1948, con una colaboración más esporádica e histórica en la década de los años cincuenta, en la que también está presente con elogiosas *Notas Críticas* ante las publicaciones de otros investigadores.

Aporta una docena de artículos de carácter costumbrista y algunos de ellos claramente etnológicos, sin contar otras colaboraciones de carácter literario o exclusivamente histórico. Y entre dichos artículos se ha valorado como único el titulado *Refranes y adagios —Cantares y jotas— Dichos y frases proverbiales*, que, debido a su extensión, vio la luz fraccionado en cuatro entregas (n.^{os} 21, 22, 23 y 27).

Cualquier noticia referida a Navarra y especialmente a su Ribera parece que le obliga, con deber filial, a desarrollarla y darla a conocer a sus paisanos.

3. Fernando PÉREZ OLLO, *Iribarren, J. M.* en *Gran Enciclopedia Navarra*, ed. CAN, Pamplona, 1990, vol. VI, pp. 184-185.

Desde el viaje de un escritor romántico que describe las fiestas de Tudela y Pamplona, a las aventuras de un tudelano por tierras africanas pasando por el documento sobre las brujas de Zugarramurdi.

No es un erudito que carga sus trabajos de citas y alusiones para iniciados. Iribarren busca formar informando con un estilo brillante y coloquial a la vez. Cuando encuentra un "memorial de ratonera" del XIX, no se limita a contarnos qué comían y vestían los navarros de la época a partir de dicho documento, sino que previamente aclara que "la ratonera" era el buzón donde todo navarro podía protestar de manera anónima, sobre cualquier cuestión, cuando se reunían en Cortes los tres brazos del poder del Reino, fuese en Pamplona, Estella o Tudela. Su fino olfato le permite percibir la mano de un ilustrado tras las expresiones literarias aparentemente populares e incultas.

Del Fuero de Navarra saca en sus jugosas *Viñetas forales* las peculiares formas de aplicar justicia y mantener el orden.

Rastrea la documentación pública y privada para apoyar tradiciones actuales y dar, en la medida de lo posible, datos sobre la evolución de la costumbre o de la leyenda. Se percibe bien esta forma de trabajar en *Bandidos y salteadores* (1942: 465-478) o en *La Bajada del Ángel* (1944: 109-117). En la primera, amén de la documentación y bibliografía manejada, no duda en escribir al párroco de Lanz para que le complete algún dato sobre ciertos bandoleros de la zona. En el segundo, urge en las publicaciones hasta conseguir información escrita y gráfica sobre las modificaciones de la fiesta a lo largo de varias centurias.

Ya en 1942 había contribuido con un detallado estudio sobre *El Folklore del día de San Juan* (pp. 201-217), donde aportaba interesantes datos —enriquecidos con bibliografía e información de primera mano— sobre esta festividad y los ritos que englobaba.

Documenta la afición de los navarros a los toros desde el siglo XIV (1948: 361 y ss.), pero donde recoge fiestas y costumbres populares con el detalle y frescura de lo que aún está vigente es en *Estampas del Folklore navarro* (1944: 393 y ss.). Sus sangres montañesa y ribera se funden armoniosamente en estos relatos que van desde el Baztán a Tudela deteniéndose en Valcarlos, donde sus variados festejos, costumbres y muestras de solidaridad entre vecinos, atraen la atención de Iribarren, quien cierra sus Estampas con un encuentro bien ilustrado del carnaval de Lanz.

Otro destacado colaborador de la revista ha sido Julio Caro Baroja. Asuman en sus páginas varios trabajos de carácter histórico y artístico y otros cinco de carácter etnohistórico o claramente etnológico. Su participación no es tan frecuente como la de José María Iribarren, pero su influencia es importante por las reseñas de algunos de sus libros, así como por sus conferencias en diferentes ocasiones y ámbitos. Esta influencia parece ser más intensa en la década de los sesenta.

De su vasta formación es un buen ejemplo *La significación de algunas danzas vasco-navarras*, donde da buena cuenta de las teorías de Frazer y Usener acerca del significado de ciertas danzas de los salios en época romana (1945: 115 y ss.). Además, le sirve para ensayar diversas interpretaciones a danzas rústicas vasco-navarras. *Representaciones y nombres de los meses* así como *Arte so-*

cial e historia económica son buen ejemplo de la erudición del autor, que maneja un repertorio bibliográfico poco habitual en estudiosos de cultura popular.

Con *Folklore experimental* eleva a rango de fiesta —que vale la pena conservar y potenciar— el carnaval de Lanz, donde el viejo bandolero Miel-Otxin es ajusticiado en la hoguera y personajes como el Zaldico se pierden en la niebla de orígenes poco claros. Con el artículo *De nuevo sobre la historia de la Brujería*, de 1969, Caro Baroja ofrece una novedosa y complementaria interpretación del fenómeno de la brujería.

Un solo trabajo constituye la contribución de Satrústegui a la revista, el estudio etnográfico de Urdiáin. Con posterioridad, este autor será asiduo colaborador de *Cuadernos...*

Por sus artículos sobre danzas hay que mencionar a Salvador Barandiarán S. J., quien, además de filosofar sobre la danza, aporta un trabajo etnográfico sobre las de Cortes publicado en dos artículos.

Entre otras colaboraciones de la revista, destacan la aportaciones de los archiveros, con artículos sacados a la luz de los fondos por ellos custodiados. Francisco Fuentes del de Tudela⁴; e Ignacio Baleztena desde Pamplona⁵. Igualmente centrado en el Archivo General de Navarra, Florencio Idoate contribuye con dos enjundiosos trabajos. De él, Iribarren, a propósito de una *Nota crítica a Rincones de la Historia de Navarra*, había afirmado: "Los que conocemos bien y hemos seguido paso a paso su labor de estos últimos años, admiramos en él una difícil capacidad de trabajo, una ferviente dedicación a la historia y una noble y navarra terquedad..." (*P. de V.*, 1954: 204). El mismo Iribarren más adelante añadía: "...ha elegido como tema de su obra esa faceta de la historia que es para mí y para muchos de los de nuestro siglo la más interesante y apetitosa: la historia interna, o por mejor decir, la historia menuda". Por último, desde el Archivo Municipal de Pamplona cierra la nómina de archiveros Vicente Galbete con un artículo sobre viejas medidas.

También entre los colaboradores de la revista se encuentran hombres de Leyes interesados por el Derecho Foral, que tiene, para la historia costumbrista el atractivo de acercarnos a la regulación consuetudinaria de la convivencia entre navarros. Francisco Salinas es el más asiduo publicista con varios artículos, en cinco de los cuales trata aspectos interesantes para nuestro enfoque. Otros nombres, como Juan Santamaría⁶, Luis Santamaría o Víctor Fairén se unen a la lista de investigadores del Derecho Foral. En el caso de V. Fairén con su atención especialmente centrada en el procedimiento contractual de las Facerías. En la misma línea Eulogio Zudaire lo hace de las de Baztán, y Eladio Esparza, que durante los años 1940 a 1955 ejerció como director de la publicación, lo hizo con temas varios.

No deben olvidarse en esta nómina los nombres de aquellos historiadores que ocasionalmente han abordado estas cuestiones "menores" de la historia: Iturralde y Suit, Yanguas y Miranda, Justo Gárate, Castellano, Maiza..., quienes, junto a sus habituales investigaciones históricas, hacen ocasionalmente incursiones en la Etnología o, más exactamente, en la Etnohistoria.

4. Vid. GEN, t. V, pp.180-181. *Op. cit.*, nota 3.

5. Vid. GEN, t. II, pp. 246-247. *Op. cit.*, nota 3.

6. Vid. GEN, t. X, p.231. *Op. cit.*, nota 3.

VALORACIÓN

Pese al reconocimiento ya expresado por la Institución Príncipe de Viana de no haber dedicado a la etnología el mismo esfuerzo que se había dirigido a otras áreas de la investigación, quisiéramos destacar, con el deseo de ser objetivos, y una vez realizado el recorrido por las páginas de su revista, lo siguiente :

1. La Institución Príncipe de Viana se crea en el período de la Postguerra civil. En las síntesis de la *Antropología Cultural en España* dirigidas por Ángel Aguirre Baztán, se considera que ésta es una etapa marcada por un profundo individualismo⁷. En este sentido, Navarra no es una excepción. Digno representante de esta etapa es José María Iribarren, polifacético, de pluma ágil y gran capacidad de descripción, que contribuirá a superar esta etapa con una gran dignidad. Desde las páginas de esta publicación periódica, ahonda en la diversidad cultural de Navarra rescatando del olvido un rico folclore.

2. La colaboración científica de Caro Baroja en la revista no es cuantitativamente importante pero sí cualitativamente. Además, su amistad personal con el Director de la Institución Príncipe de Viana, D. José Esteban Uranga, le comprometerá a colaborar en importantes y variadas actividades que incrementaron, sin duda, el conocimiento étnico de Navarra. Se concretaron en cursos y conferencias, monografías, proyectos cinematográficos y un anteproyecto de Museo Etnográfico entre lo más relevante⁸.

3. Quién personalizó en Navarra la etapa denominada por Aguirre Baztán de "Academización" de la Antropología Cultural, fue José Miguel de Barandiarán⁹. Lo hizo entre los años 1964-1977, desde su cátedra de Cultura Vasca en la Universidad de Navarra, donde impartió clases de Etnología del pueblo vasco. Este magisterio de catorce años se deja sentir en la revista *Príncipe de Viana* a través de su discípulo J. M. Satrústegui y en las publicaciones de miembros del Grupo Etniker, que irán apareciendo en la revista de la propia Institución *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*.

Con método histórico y una encuesta elaborada al efecto, propone J. M. de Barandiarán la publicación de *Monografías etnográficas* de diferentes localidades a base de aplicar su *Guía para una encuesta etnográfica*¹⁰.

7. Ángel AGUIRRE BAZTÁN ET ALLI, *Historia de la antropología española*, ed. Boixareu Universitaria, Barcelona 1992, pág. 9 y ss.

8. Julio CARO BAROJA, *Propuesta de Museo Etnográfico del "Reino de Navarra"*, en IV Symposium... (*op. cit.*, nota 2), pp. 313-319-

9. Á. AGUIRRE BAZTÁN, *op. cit.*, nota 7, pág.32.

10. José Miguel DE BARANDIARÁN, *Guía para una encuesta etnográfica* en "Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra", n.º 20 (Pamplona, 1975) pp. 277-325. A la hora de su publicación no se sometió a una revisión crítica el conjunto de preguntas que en cuestionarios monotemáticos se venían utilizando, para evitar confusiones en la numeración de la investigación que se había llevado a cabo hasta entonces. Las encuestas parciales iban saliendo a la luz en la revista de *Cuadernos* a excepción de las monografías sobre *ha Valdorba*, debida a José Cruchaga y la de *San Martín de Unx*, de los hermanos F. J. y J. A. ZUBIAUR, editadas por la propia Institución como ejemplares monográficos.

Objetivamente, el apoyo que la revista *Príncipe de Viana* ha supuesto para la investigación antropológica en Navarra debe medirse más por el impulso indirecto a una serie de actuaciones que por el número global de artículos de esta materia aparecidos en sus páginas. Entre las pruebas más destacadas de ese estímulo figuran la celebración de un Symposium nacional con una sección de Etnología que, en mi opinión, revalorizó el rico patrimonio vasco presente en Navarra; el apoyo que en su día prestó la Institución Príncipe de Viana a la Cátedra de Lengua y Cultura Vascas de la Universidad de Navarra y al grupo Etniker; y sobre todo, la creación de una revista específica para temas de Etnología y Etnografía, que bajo el título *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra* se editará desde 1969.